REFORMA AGRARIA EN AMERICA: ¿DEMAGOGIA O NECESIDAD?

POR

HUGO MARTINEZ VIADEMONTE

Si el pagano actual tuviese despierta una pequeña dimensión religiosa volvería a levantar templo y altar a Ceres y Cibeles, o, en términos actuales, a la Agricultura. Porque el hombre ha descubierto el valor alimenticio de las algas marinas y hace cosecha de ellas; ha probado de alimentarse de planctón; ingiere sustentos absolutamente sintéticos, etc., pero la vida del globo sigue sustentándose en los pocos centímetros de tierra fértil que recubren el globo. Esos 10 centímetros de humus ha generado los mayores problemas, las más grandes riquezas y las más devastadoras guerras. Hay mucha sabiduría en el culto a Ceres, y por un momento deslumbrados por los logros científicos y tecnológicos, al hombre de la calle y aun al estudioso le pareció que la tierra y su cultivo comenzaban a perder importancia; concretamente en América parecía un problema superado, recuerdo del Far-West o de los movimientos agraristas de Méjico; sin embargo, del equilibrio de los tres antiguos reinos continúa pendiendo la vida.

Comprobada actualmente la vigencia de la vieja idea del valor de la tierra, se han levantado voces irreprimibles para impulsar una reestructuración del soporte socioeconómico de la misma, con objeto de mejorar las condiciones económicas de la comunidad. Las más airadas de estas voces provenían de un sector ideológicamente muy determinado, y los hombres púdicos creyeron que dado que Satán decía: «Es de día», lo más seguro sería que reinara la noche. Si se pedía una reforma y quienes la pedían vivían en el error, la salvación estaba en afirmar más aún la situación imperante. A veces este desatino se consideraba como parte de una guerra santa, y hubo quienes creyeron que se cooperaba con la difusión de Evangelio enraizando las mismas estructuras. Ni tan simple ni tan fácil. Ni echar todo por la borda, de cualquier manera, ni mantenerse aferrado, sin discriminaciones. Con ánimo de aclarar algunas situaciones de este problema en el ámbito americano siguen unos cuantos párrafos que serán, desde luego, insuficientes por la magnitud del problema y lo complejo de la situación; pero si de ellos se consigue una visión panorámica que incite a estudiar mejor la situación me dará por satisfecho.

Es bueno recordar que América hispana no trabaja toda su tierra cultivable, ni siquiera un cuarto de ella. Los cálculos aproximados indican que la vida agraria americana se desenvuelve en el 4 por 100 de sus posibilidades, los Estados Unidos aprovechan el 74 por 100 de sus tierras laborables e Italia aumenta aún más el porcentaje, alcanzando el tope en Holanda. Pero este 4 por 100 padece a la vez de tres graves males: la ineficacia del trabajo, la proliferación de los minifundios o «propiedad enana» y la existencia de latifundios. Desarrollaremos un poco estas cuestiones.

Cuando hablo de ineficacia del trabajo me estoy refiriendo a dos situaciones que se complementan, y que son la ineficiencia de los terrenos y la ineficiencia de la explotación. La ineficiencia de los terrenos no se debe a una pobreza en el humus, sino más bien a que la tierra queda entregada a un método de trabajo que normalmente la va perjudicando año tras año, por la falta de hábitos en el agricultor para la adaptación de la moderna tecnología. Este mal tratar la tierra se realiza muchas veces por ignorancia y muchas otras por espíritu de lucro, pues el agricultor piensa que cuando se halle agotada la tierra y comience a erosionarse podrá con facilidad trasladarse a otra región, donde tierras vírgenes le esperan para su tarea nefasta. La falta de una tecnología moderna repercute grandemente en la productividad. El Brasil y los Estados Unidos tienen estas significativas cifras de comparación: USA cuenta con el 20 por 100 menos de población agrícola y, sin embargo, siete veces y media más de producción; un operario agrícola canadiense produce más o menos la misma cantidad de bienes que veinte operarios brasileños, y claro está que esto no se debe a una superioridad racial o una teología protestante, sino mucho más simplemente, y a la vez mucho más complicado, a un mayor grado de eficiencia técnica. Tengo cierto temor de que al hablar de tecnología el lector considere que se trata de sustituir los caballos o los bueyes por el tractor, y de esta manera se está en medio de la moderna tecnología. La mecanización del agro es sólo un aspecto, tal vez ni siquiera el más importante para justificar el haber adoptado las enseñanzas técnicas. Además, el uso de la máquina para la siembra y cosecha normalmente no se halla limitado por otra cosa que por los precios prohibitivos para nuestros agricultores. Es interesante ver que mientras para un obrero argentino un tractor costaba, en 1956, 1.145 quintales de trigo; el mismo tractor costaba, en 1928, 420 quintales, y en 1950, 1.561 quintales (1).

(1) JORGE A. I. LICEAGA: *Informe sobre el problema de la mecanización agraria*. Buenos Aires, 1957; pág. 2.

Se puede decir que por lo menos existe ya una conciencia formada de la importancia de los medios mecánicos o por lo menos de algunos de estos medios en determinadas tareas; pero donde es mucho más difícil romper el hábito rutinario es en la adopción de semillas de *pedigree,* control científico de plagas, cultivos rotativos, sembrado teniendo en cuenta la topografía, la consulta al técnico agronómico, etc. En un interesante estudio de la CEPAL se afirma: «Recientes estudios (1956) en la Argentina demuestran que el solo control adecuado de insectos, malezas y enfermedades del ganado permitirían elevar la producción agropecuaria en un 20 por 100» *(Estudio Económico para América latina,* página 211, nota 20).

El aumento de la productividad agraria no se logrará sin la participación del biólogo, del químico, del físico, del meteorólogo, de la acería, etc.; pero junto con esto la voluntad decidida del más tradicionalista y simple de los agricultores. Este nivel agropecuario se elevaría por sí solo con la explotación racional, y los índices esperados en la Argentina a que he hecho referencia son similares al resto de América, porque si en algún aspecto Hispanoamérica es un solo continente bien puede serlo en su estructura agraria. Pero existe otra vertiente en la que es posible y aun necesario fijar la atención. Se trata de la distribución de las tierras que ya mencioné, que reflejan una realidad angustiosa. No es muy conocido el índice del problema. En Hispanoamérica se carece prácticamente de propiedades que configuren una verdadera «unidad económica», si por ello entendemos, como es lógico, la armonía que debe existir entre la propiedad y su rendimiento. Unidad económica llamaremos entonces a la propiedad que presenta un rendimiento óptimo, y sus dimensiones estarán en relación con los medios de trabajo de que se disponga, con el tipo de las tierras y con la mentalidad del labriego. Las naciones más desarrolladas han conseguido crear una verdadera unidad económica que dista en sus dimensiones tanto de los latifundios como de la propiedad enana; si comparamos cifras y porcentajes nos encontramos con situaciones antagónicas entre estos índices y los de América hispana. Mientras en Canadá las extensiones menores de 28 hectáreas representan el 1,8 por 100 de los propietarios y ocupan el 17,3 por 100 de la superficie, en Hispanoamérica las extensiones de menos de 20 hectáreas representan el 72,6 por 100 de los propietarios y el 3,7 de la superficie; estos índices ya nos revelan el otro extremo de la estadística: en Canadá las extensiones mayores de 647 hectáreas representan el 34,4 por 100 de los propietarios y el 1,1 por 100 de la superficie; en Hispanoamérica las propiedades de más de 1.000 hectáreas pertenecen al 1,4 por 100 de los propietarios y tienen el 64,9 por 100 de la superficie; en buen romance significa que menos del 1,5 por 100

de los propietarios tiene bastante más de la mitad de las tierras trabajadas. Claro está que para hacer más grande el escándalo podríamos fijarnos en los puntos topes, y nos encontraríamos con datos de este tipo: menos del 2 por 100 de los propietarios poseen en Chile el 87 por 100 de la superficie; en Bolivia, el 91 por 100; en Paraguay, el 93 por 100, y alrededor del 75 por 100 en la Argentina, Méjico y Venezuela. Aunque coincido con el regocijante Ernest Wagemann en considerar al número un simple detective y a la inexactitud una virtud estadística, los cambios de reajuste que puedan hacerse en nada varían esta estructura; las variaciones de la estadística en este caso suelen nacer de la falta de triangulación en muchos casos y de la apreciación del concepto de «tierras laborables», pero pueden tenerse como fidedignas las cifras mencionadas anteriormente.

De tal manera que este sistema de distribución es una malla tupida que ahoga la productividad agrícola. Si hubiera otra fuente de recursos el problema sería menor, pero nos encontramos con que en Hispanoamérica las exportaciones agropecuarias representan algo así como el 85 por 100 de sus posibilidades de comercio exterior.

La economía hispanoamericana está basada actualmente en el agro y su estructura es feudal; el paso a dar consiste en transformar esa situación, típica por otro lado de los países subdesarrollados, en una economía de desarrollo que sitúe al continente a la altura de sus posibilidades. Este paso desmontaría el mecanismo de relojería que de otra manera accionará indefectiblemente el percutor de la revolución, y nada nos hace suponer que producida en este momento la revolución social violentamente, las fuerzas del cristianismo puedan capitalizarla. Analizar esta situación es, por lo tanto, algo que conviene a nuestra salud.

La economía hispanoamericana se encuentra presionada por varios factores: la presencia de una división del mundo en dos bloques, que vuelcan su propaganda libremente exacerbando los ánimos; la explosión demográfica, que obliga a mantener un muy alto ritmo de crecimiento económico para poder así superar sus índices de natalidad, y también por el efecto de «demostración» o «imitación». El efecto demostración obra como palanca psicológica que mueve al consumidor a mantenerse en tensión hacia el alcance de los consumos más altos que observa en otros consumidores; el impulso de este factor es imaginable si pensamos en los modestos empleados o en los profesores universitarios que ven diariamente en la plantilla del cine o leen en libros que existen *standards* de vida superiores al suyo en otros países, y en personas que comparativamente ocupan sus mismos puestos sociales. Esta palanca obra sobre cada uno de los consumidores y sobre todos en general. Nurkse, economista americano que aplicó el factor demostración

al campo internacional, nos dice: «Las altas rentas y niveles de consumo de los países desarrollados pueden ser dañosos, en cuanto tienden a reducir la formación del capital en los países atrasados, ejercitan una presión sobre los países de rentas relativamente bajas, induciéndolos a gastar una proporción muy grande de la misma.» Este razonamiento es sostenido también por Prebisch en su estudio sobre el desarrollo de Hispanoamérica. Los pueblos americanos necesitan ahorrar para capitalizarse; pero cómo lograr anular los impulsos del factor imitación cuando las clases medias están directamente observando los consumos exagerados de las clases altas, la clase más necesitada añora lo que ya posee la clase media y los poderosos sueñan con los Estados Unidos o la vida que adivinaron o gozaron en sus viajes al exterior.

No se podrá lograr la formación del capital siguiendo los mismos caminos que emplearon las naciones capitalistas; los caminos responden, como medios que son, a las circunstancias del momento, y éstas han cambiado; tampoco pueden utilizarse todos los caminos que han sido seguidos, porque algunos de ellos son y han sido desde el cristianismo para acá verdaderamente inmorales (el trabajo de los niños en las minas, la preferencia de la mujer embarazada o madre de varios hijos por ser más «dócil» a la presión patronal, etc.); tampoco se dispone del tiempo que aquellos países emplearon en la formación de su capital, de tal manera que hay que arbitrar otros medios para lograr subir por encima de la línea de flotación. Hay que planificar otra economía, y esta planificación será necesariamente de objetivos a conseguir y no de estabilización, puesto que estamos pisando sobre un polvorín. La pregunta que los hispanoamericanos debemos contestar con mayor frecuencia es la siguiente: ¿Pero por qué esforzarse en buscar integrarse en una economía de planificación, con todos los riesgos que esto supone, en lugar de volver a ocupar el puesto que tradicionalmente han tenido de productores de materias primas y alimentos y con el valor de sus exportaciones en aumento adquirir en el extranjero las mercaderías que necesitan para completar su abastecimiento? ¿Por qué no recordar el principio de la división internacional de la producción, adquiriendo en los países industrializados, y al amparo de una calidad acreditada, las necesidades industriales, retomando así aquella bella visión de comercio del siglo pasado, que referida a Inglaterra decía así: «Las cinco partes del globo son nuestros tributarios voluntarios: las llanuras de Norteamérica y de Rusia son nuestros campos de trigo; Chicago y Odesa, nuestros graneros; el Canadá y los países bálticos, nuestros bosques; Australia guarda nuestro rebaño de ovejas y América los de ganado vacuno; unos envían su plata; California y Australia, su oro, etc...»? Esto que antecede estaba escrito para Inglaterra, pero con ligeras va-

riantes cualquier centro europeo lo podría haber suscrito. ¿Por qué no recordar que esa visión encuadraba un orden, y, siendo un orden, por qué razón abandonarlo? Efectivamente es un «orden», pero también podemos considerarlo un «desorden establecido», porque el quedar los pastores condenados irremisiblemente a ser pastores por todas las generaciones no es un buen orden ciertamente; además, si Hispanoamérica vuelve a ocupar en la producción primaria el exceso de mano de obra que crea la tecnificación de la industria, el volumen de sus desempleados y el colosal régimen de su demografía, ¿los países industrializados absorverían el aumento de la producción primaria? Si Hispanoamérica se colocase nuevamente en esa coyuntura sólo lograría dañar el precio, ya bastante deteriorado, de sus exportaciones, desequilibrando los términos del intercambio. Dicho más técnicamente: los países centro-consumidores de materias primas no disponen de una capacidad ilimitada de adquisición de materias primas, sino que ello depende del aumento del ingreso real, pero en proporción menor; es decir, que la relación elasticidad-ingreso es menor a la unidad. Si la producción primaria de Hispanoamérica creciera por encima del tope de esa elasticidad-ingreso sólo aumentaría el monto métrico de sus exportaciones, pero la cuantía real del valor capital que se obtuviera permanecería estable o disminuiría. Ante este mayor ofrecimiento los centros consumidores no aumentarían el monto de sus importaciones, tarea ésta que puede ofrecer ciertos riesgos e indudablemente una nueva inversión, sino que asegurando un alto nivel de utilidades no ampliarían sus industrias y compensarían el mayor ofrecimiento de materias primas destinando una menor parte de sus ingresos al pago de tales productos. Esta política de incrementación masiva de materias primas produciría entonces un efecto contrario al buscado: disminuiría el ingreso real de Hispanoamérica y acrecentarían los beneficios los centro-consumidores. El sentido común y las leyes económicas nos recuerdan que los países desarrollados están en mejor situación para obtener los mayores beneficios en las épocas de bonanza y descargan sobre los países de la periferia el peso de las épocas de baja. No se puede esperar que la agricultura salve a Hispanoamérica por sí sola, ni este tipo de actividades está, de acuerdo con los cálculos, en condiciones de absorber la mano de obra existente y menos aún la que se produzca en los futuros años.

Pero estos razonamientos no me llevan a postular el abandono del campo, sino que precisamente creo que a la problemática del campo le corresponde la prioridad en el planteo económico de la planificación. Hay que aumentar la producción de los bienes agrarios indefectiblemente, pero sólo como valor modal para alcanzar los verdaderos

objetivos. No es *el* camino, sino simplemente *un* camino que se articula con otros que cumplen más claramente el verdadero fin.

La estructura agraria latinoamericana no está en condiciones no ya de aceptar el reto de la industria de los países desarrollados, sino que no puede aceptar ningún tipo de «invitación gentil y amable» que ésta le haga. España, por ejemplo, en su sector agrario no puede producir la soja al precio de los Estados Unidos, la cual, puesta en los puertos españoles, está sensiblemente más barata que la producida en el propio suelo español.

Se ve claramente que quien posee un automóvil «Ford», modelo «T», no puede aceptar la invitación de un amigo que tiene un reactor para realizar juntos una jira turística, cada cual en su vehículo. Menos aún podrá aceptar cuando los términos distancia, duración de la etapa, horarios, etc., es decir, cuando las condiciones las impusiera el afortunado poseedor del «Jet». En esta situación se encuentra la estructura agraria hispanoamericana frente a los centros industrializados.

Esta reforma agraria que se presenta impostergable no se limita a un cambio en los títulos de propiedad. Cuenta, por cierto, con dicho cambio como principal factor, pero a la vez desea y debe modificar el propio concepto de dominio. La reforma agraria así entendida no es más que un muy amplio movimiento socio-económico que reestructura, a partir del campo, un nuevo ordenamiento económico. Limitar la reforma a un simple cambio de titularidad es crear las situaciones de aquellos países en que los nuevos propietarios se limitaron a trabajar la mitad de su nueva propiedad porque con sólo ese trabajo podían vivir. La reforma agraria es un vasto movimiento en el que tienen parte desde los biólogos hasta los maestros de escuelas primarias. Se trata de obtener por el método tradicional de producción de riqueza un soporte mínimo estable desde el cual se pueda ir saneando la economía hasta lograr una producción diversificada que ampare a las naciones periféricas de las jugadas de bolsa en Nueva York o Londres. Esta amplia visión de la reforma agraria se opone al concepto que de ella tienen economistas prestigiosos que la limitan a la estructuración de la propiedad, entendiendo que las demás tareas que se realicen en el agro escapan al concepto de reforma agraria para entrar en el de política de desarrollo; esto es un simple cambio de denominaciones y en nada afecta a las ideas generales sobre la materia.

Pero la reforma agraria tiene una trampa muy peligrosa en la que no pocos países han caído; lo diremos con una frase de Paul A. Baran, que por su reconocido marxismo no puede ser sospechoso de estar comprometido en los intereses de los latifundistas: «Una reforma agraria, cuando se realiza en medio de un atraso general, retardará más de lo

que adelantará el desarrollo de un país», y esto se debe a que la distribución de la propiedad no puede hacerse bajo el impulso de una romántica idea o de un planteamiento exclusivamente demagógico que multiplique los tugurios rurales. La reforma agraria debe estar acompañada desde el principio por un rápido avance de la industria base (petroquímica, siderurgia, industria pesada en general) y por un aumento continuo de los excedentes exportables, para no perder la normal entrada de divisas. La sana economía enseña que la diversificación agrícola requiere ciertas condiciones que no todos los países poseen, y desconocer el momento para realizar los diferentes pasos sirve únicamente para atar más aún a la sociedad en los lazos del feudalismo. Este razonamiento dista de plantear una reforma agraria «ordenada», en el sentido que este «orden» puede tener para los actuales latifundistas; se trata más bien de unas ciertas condiciones que deben existir para poder realizar la reforma con la mayor eficacia, porque realizar una media reforma es retroceder. En el momento que se inicie la citada reforma ésta tendrá que ser lo suficientemente rápida y profunda para poder desarmar los frenos de los intereses creados que se aceptan como el principal retardador. La reforma agraria se nos presenta así como algo similar a una cirugía social, y está visto que no es posible ir cortando poco a poco una pierna gangrenada.

La reforma agraria que se predica y se quiere realizar en Hispanoamérica no es el «revanchismo» de dividir el latifundio para distribuir sus pedazos entre propietarios resentidos. La necesaria redistribución de la propiedad tiene por objeto una reacción en cadena que desate las posibilidades de autoexpansión; pero para que esto ocurra es necesario, junto con el nuevo título de propiedad, facilitar el acceso del capital necesario para la explotación; es menester montar una empresa crediticia, una eficaz asesoría técnica, infundir nueva esperanza al propietario mediano, etc., para que los campos recién distribuídos estén habitados por obreros atentos a lograr un mayor poder adquisitivo, que desarrollen una creciente demanda de bienes de consumo y, por consiguiente, que hagan posible la adopción en toda la industria de la moderna tecnología. Sin reforma agraria Hispanoamérica seguirá creciendo hasta el estallido, en la forma que lo hace actualmente, recorriendo un dorado y deslumbrante camino hacia el desastre; con grandes ciudades capitales, edificios de cristal y acero inoxidable, supermercados, autopistas de seis vías y luz de mercurio, pero escondiendo en las faldas de sus cerros o en la pared de fondo de sus rascacielos la sucia realidad de sus favelas, de sus «villas de la miseria», de su chabolismo. La dialéctica marxista asegura que después de esta situación se produce el estallido rojo, su revolución social. No veo aquí motivos para dudar

del marxismo en este punto. Los hoteles Hilton y el mundo que ellos representan tienen su razón de ser cuando son signo de expansión de capital, pero asentados en economías paupérrimas pueden ser señal inquietante. La «boite» más famosa de Hispanoamérica y la más completa red de televisión pertenecían como dorado privilegio a Cuba y fueron instaladas bajo sistemas económicos que producían Batistas; esto no es defensa de Castro, sino ataque directo a la dorada ruta del desastre. Esto lo ven con claridad muchos (estoy tentado a decir que todos), pero se choca con los intereses creados y la oposición, realizada a veces como complot de silencio y en otras oportunidades como ataque directo se centra sobre quienes buscan una salida racional y justa a este problema.

Si es verdad que los recientes cambios institucionales del Brasil responden, entre otros factores, a las presiones de la empresa Hanna de siderometalurgia, de capital norteamericano, y al *holding* «Brazilian Light and Traction», canadiense, es cosa que no se puede asegurar y que tal vez nunca llegue a saberse; pero hechos de esta naturaleza no son desconocidos en la historia de Hispanoamérica ni en la del mundo. Se puede recordar sin mucho esfuerzo a la Compañía de Indias Orientales, a la American Power, a Sofina, a la United Fruit, a la Esso, a la Standard Oil, a la Royal Dutch, etc., que han ejercido una actividad que, con razón, otro colaborador de esta revista ha llamado el sistema de Frankestein Bussines.

El informe-encuesta de las Naciones Unidas que inquiría los inconvenientes encontrados para la realización de una reforma agraria es casi unánime en presentarlos sólo en el campo político de los intereses creados. Chile contesta: «La reforma agraria en Chile, por su estructura económica y política, es difícil de realizar. Los terratenientes que sean afectados por cualquier medida de carácter económico, político, administrativo, jurídico o social se opondrán tenazmente a sus realizaciones, ya que tienen bajo su control gran parte del poder político y económico. A pesar de ello, en el país se están gestando las condiciones para iniciar una política de reforma agraria.» En Chile se considera que el 1 por 100 aproximadamente de los propietarios posee el 80 por 100 de la tierra. Los que aplazan la resolución de este problema son los mismos que mañana serán las primeras víctimas del estallido rojo; el marxismo será implacable con los mismos que hoy lo fomentan por su miopía y testarudez. Ellos esperan que los desposeídos nuevamente tomen el fusil para defender sus intereses particulares, pero el sismólogo social que pedía Toynbee ya puede captar la trepidación que hace presumir con seguridad que otra Sierra Maestra es posible siempre que aparezca el barbudo que la dirija. En Sierra Maestra el guajiro no se acordó

tanto del padrinazgo del propietario de su última hija como de la continua sangría. La reforma agraria se presenta así como la tabla de salvación de los capitales y de las vidas de los actuales poseedores. Claro está que en la dinámica de la redistribución los capitales y los hombres serán tamizados según la dureza con que procedieron, y se les deberá sumar además sus inevitables y lamentables errores, de donde se hace muy difícil prever de antemano quién y cómo pasará el tamiz.

Alguna vez se dijo que el comunismo era, en lo económico, lo que nosotros no habíamos hecho; si no es la hora de decir que nada ha pasado, tampoco es hora de afiliarse al Partido Comunista previendo su inevitable triunfo. Siempre he considerado como un enemigo muy peligroso a aquel que dice pertenecer al orden y, sin embargo, toda su predicación es una pura alarma, esperando sólo la hora de colocar en su turno la cabeza bajo la guillotina, que le espera dentro de cuatro o cinco años. Es un enemigo público que grita «¡Fuego!» en el teatro lleno de espectadores. La esperanza nace en la medida que conocemos el peligro y calibramos nuestras fuerzas, realizando las inevitables amputaciones que son ineludibles por nuestras culpas.

Hugo Martínez Viademonte
Cadarso, 6
MADRID-8

BRUJULA DE ACTUALIDAD